

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



EL MELON DE LA FELICIDAD

—Blas de mis entretelas, si este mundo no es una jaula de locos, en mi vida he visto cosa mas parecida.

—Pues ¿y eso mi amo?

—Porque todos queremos ser ricos, gozar mucho, disfrutar mucho y ser muy felices y...

—¿Y por eso estamos locos? Pues ¿hay algo más hermoso que vivir á gusto y rueda la bola?

—No, Blas, no; si lo loco, lo estafario, lo raro y hasta gracioso del caso no es que todo bicho viviente quiera que la bola ruede para vivir á gusto, sino en que casi siempre le dé para el lado contrario de su felicidad. Aquí entra lo absurdo de la locura.

—No lo entiendo, mi amo.

—Pongamos un ejemplo. Supongamos que tu vecino D. Tadeo, hombre de buenas prendas, se levanta un dia con la mania de mejorarlas, y para ser más guapo va al sartenero de su casa, toma una sartén y se pone la cara como el reverso de la chimenea. ¿Qué dirías tú de este capricho de Don Tadeo?

—Que era una chifladura.

—Pues supongamos que al dia siguiente D. Tadeo, continuando sus originales pensamientos, toma entre cejas el de hacerse más rico, y al efecto abre su gabeta, saca sus ahorros y empieza á arrojarlos á los pilletes de la plazuela como aleluyas en Sábado Santo. ¿Qué dirías tú de esta segunda ocurrencia de D. Tadeo?

—Que era el colmo de la barbaridad.

—Pues vamos más allá, y supongamos que al tercer día se le mete en la

chola á D. Tadeo aumentar su salud por el mismo procedimiento que aumentó su belleza y su dinero, y al efecto se queda en faldon, se sube al terrado y pasa la noche respirando las brisas de Enero con una col de bajo de cada brazo. ¿Qué harías entonces?

—Agarrar á D. Tadeo, y llevarlo á un manicomio para que le pusieran una camisa de fuerza.

á mí contestando mis preguntas. —Pregunto: ¿Consistirá en el dinero?

—Algo hay de eso, mi amo.

—Es decir, que si te dieran los tesoros del gran turco ó del gran Tamborlan de Persia ¿te quedarías satisfecho?

—¡¡Mecachis!! y me chuparía los dedos de gusto.

—Pues supongamos que el dia que te los daban te salian en los dedos uñeros enconados, y se te ponía cada uno tamaño como un melocoton; ¿te los chuparías también?

—¡Hombre, vaya una gracia!

—Nada, ya eras rico, debías chupártelos.

—Pero no podia ser feliz, porque no tenia salud.

—Pues supongamos que te daban salud además de dinero, y que, el dia que te hacian ambos regalos, de la alegría te crecía la nariz tres palmos y medio.

—¡Qué tontería!

—Nada, lo dicho; ya eras rico y sanote, pero narigudo.

—Pero todo el mundo se burlaría de mí, y se reiría en mis barbas. Prefiero no tener un cuarto y pasar la vida con tercianas. La hermosura en cierto modo es también una necesidad, mi amo.

—Pues supongamos que al darte salud y dinero viene un mago, y por arte mágica te convierte en un querubín. Ya está Blas hecho un querubín hermosísimo,

tan hermoso, que al salir á la calle todo el mundo se pasma y se queda con la boca abierta, y las gentes empiezan á gritar: ¡El querubín! ¡el querubín! Y todo el mundo se enamora de Blas, y de resultas de esto á su mujer le entran unos celos tan espantosos, que se vuelve loca; y su suegra, al ver el escándalo, se enfurece y quiere comerle; y sus hijos asustados se marchan de su casa



—Pues ese es el traje que merecen todos los hombres que buscan la felicidad por el lado del gusto y de la bola. Y si no dime, Blasillo. ¿Que entiendes tú por felicidad?

—Hombre, la felicidad es la felicidad.

—Famosa respuesta.

—Quiero decir, que es la, la, la....

—Vamos, que no lo sabes. Pero yo te lo diré, ó mejor dicho, tú me lo dirás

y...

—Vaya mi amo, eso es una exageracion.

—Nada, hombre, estamos en el terreno de las suposiciones; no hay exageracion que valga. Tenias salud, riquezas y hermosura, debias ser feliz.

—Pero no tenia paz.

—Pues supongamos que te la daban tambien, y que con toda tu paz, y toda tu pachorra, y tu dinero, y tu hermosura y tu robustísima salud, de puro redondo y satisfechote te entraba una murria verdinegra como la que le entra á los ingleses millonarios, y te aburrías, y te desesperabas y últimamente cogias un revolver y....

—¡Ah! no, eso no; porque para ser feliz pediria tambien alegria.

—Pues concedida tambien. Ya estás más alegre que unas pascuas, y la alegria te se sale por las mangas de la chaqueta pero de tanta alegria pierdes la chaveta; y de puro asno no das pié con bola, y no abres la boca sin decir un disparate, ni piensas nada que no sea una barbaridad y hay que ir detras de tí tirándote de las ramaleras para que no acoees ni digas necedades.

—¡Hombre, vaya un bobo de Corial! ¿De qué me servia todo si era tonto?

—Voy viendo Blasilló que necesitas ya muchas cosas. Vaya, te concedo tambien el talento; y para acabar pronto te concedo el mundo entero con todos sus bienes, riquezas y satisfacciones; y que te agarres á él con pies y manos y boca, y empieces á comértelo á bocado redondo como si fuera un melon chino, y que te pases comiendo toda la existencia hasta que llegue la muerte y tocándote las espaldas te diga: Sr. Blas ¿ha comido usted bastante? Pues ahora suelte usted el melon, que se va usted á la eternidad á digerir las pepitas. ¿Serias feliz?

—¡Hombre, si me moria y me quedaba sin melon....

—¿Es que tambien quieres ser inmortal?

—¡Pues es claro, mi amo!

—Pues te lo concedo tambien. No dirás que soy tacaño. Ya eres inmortal, y puedes continuar comiendo melon por los siglos de los siglos amen; pero sucede que al lado de tu mesa hay otro dichoso que come tambien, y á tí te entra una espantosa envidia porque quisieras comer solo; y rabiando de celos empiezan á trascurrir siglos y siglos, y los siglos no se acaban, ni tu envidia tampoco....

—Eso seria un infierno.

—Pues te quito la envidia, los celos y el odio, y te dejo solamente una li-

gera impaciencia: que cada vez que muerdas el melon, se te metan las pepitas entre los dientes, y como el melon no se acaba nunca....

—No se canse usted, mi amo; comprendo que para ser feliz es preciso reunir todos los bienes de este mundo, y no solo los bienes de este mundo, sino los del otro, y....

—Poco á poco, Blas; no enredemos, y vamos por partes. Ahora dime; ¿qué entiendes tú por bienes?

—Pues, hombre ¿qué he de entender?; lo que he dicho. El dinero, la salud, la riqueza, la paz, la sabiduría, la hermosura, la virtud, la.... quiero decir todas esas cosas reunidas.

—Sin faltar ninguna ¿eh?

—Claro está.

—Pues sigamos adelante. Yo quiero suponer que habiendo tú reunido todas esas cosas, y siendo ya completamente feliz, viene el mago aquel de antes y te dice: Sr. D. Blas, vengo á quitarle á usted el dinero....

—Cojeré un palo para romperle la cabeza.

—Espera, hombre, que no he concluido. Supongamos que el mago te dice: Sr. D. Blas, vengo á quitarle á usted el dinero; pero le prometo que no le hará falta para ser feliz.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Contestacion del mago: Dándole yo á usted sin dinero todo lo que el dinero pueda proporcionarle. ¿Necesita usted pan?; allá va pan; ¿necesita usted vino?; allá va vino; ¿necesita usted buena casa, buena cama, buena ropa?; se lo doy á usted todo en el instante mismo de sentir la necesidad.

—¡Toma!, de esa manera; para qué quiero yo el dinero?

—Luego ya confiesas que el dinero no es absolutamente indispensable para la felicidad.

—¡Hombre, claro está! habiendo un mago que proporcione las cosas de balde....

—Pues supongamos que ese mago, despues de haberse llevado los cuartos, viene otro dia queriendo quitarte tambien la comida, la casa y la ropa, y dejarte en faldon.

—Cogeré el palo otra vez.

—Pues harás muy mal; porque ya te he dicho que el mago es un hombre de bien y muy honrado, que quiere quitarte esos bienes, pero sin hacerte perjuicio.

—Pero ¿puede ser eso? mi amo. ¿Cómo pueden quitarle á un hombre la comida y el vestido sin perjudicarlo?

—Muy sencillamente; quitándole el

hambre al par que la comida, y el frio al par que la ropa.

—Es verdad; de ese modo no hay caso.

—Pues supongamos que ya está el mago otra vez llamando á la puerta.

—¿Otra?

—Sí, y ésta es para quitarte la salud y la hermosura y el talento y hasta el bienestar y la tranquilidad, dejando en tu corazon el germen de todas las pasiones.

—Esta vez si que agarro el palo, y se lo rompo en las costillas.

—Pues harias muy mal, Blas.

—¿Porqué?

—Por que, como no quiere perjudicarte, vá á dejarte en cambio de todo eso una cosa rara, pero extraordinariamente sublime y preciosísima; una joya, un magnífico un talisman que encierra la propiedad mágica de proporcionar á quien lo tiene la dicha y el goce de todos los bienes, aun en medio de todos los males. La paz y serenidad, en medio de la guerra; la alegria y contento en medio de la enfermedad, la satisfaccion en medio de todas las necesidades; y en fin, las más sublimes delicias del amor, en medio de los tormentos más espantosos.

—Hombre, de esa manera....

—Luego venimos á para, Blas, en que para ser feliz una cosa sola es necesaria.

—¿Cual?

—El talisman.

—Pero, mi amo; ¿dónde está ese talisman? ¿quien lo posee? ¿cómo se llama?

—Blas, ese talisman se llama la gracia de Dios, y lo poseen todos los hombres que saben echar la casa por la ventana como D. Tadeo, para reunir su precio y adquirirlo. ¿Tú has oído hablar de los santos?

—Si señor.

—Pues esos no fueron más que unos locos que quisieron comprar el talisman, y lo compraron. ¿Pero sabes cuanto les costó? Todo lo que tenían.

—Mi amo, no me gusta á mi comprar tan caro.

—Pues Blas de mi alma, ¿sabes lo que te digo?; que si para ser feliz no posees otro secreto que el de darle á la bola y te empeñas en que la bola ha de rodar del lado de tu gusto, yo te prometo que aunque vivas más años que Matusalem no lograrás lo que deseas; es decir, que no poseerás el talisman de la dicha; más claro, que no gustarás el melon de la felicidad.

LA PROVIDENCIA

ESCENAS

DE LA VIDA DE DON BOSCO.

En que pueden verse los efectos del
talisman.

—«»—

Dalmazzo, niño del Oratorio de Turín, despues de un mes de colegio, escribió á su madre, advirtiéndole que jamás podría acostumbrarse, y en conclusión le rogaba que le fuera á buscar.

Llega ésta y todo se dispone para la partida.

En la mañana de tal día el niño quiere hacer una confesion de despedida con Don Bosco; pero como los penitentes, fueran muchos no le llegó el turno hasta despues de Misa, hora de desayuno en el Oratorio. Iba á comenzar la confesion cuando uno de sus compañeros viene á Don Bosco y le dice al oido:

—No hay pan para el desayuno.

—No es posible; buscad bien; preguntad á fulano; por ahí deba haber.

—El mensajero vuelve balbuciente: —Don Bosco, hemos buscado por todas partes y solo hemos encontrado unos pocos panes.

Don Bosco parece sorprendido. —Entonces corred á decir al panadero que traiga cuantos se necesitan,

—¡Al panadero! es inútil. Se le deben doce mil francos y se niega á traer ni una miga antes de que se le pague.

—Bien, bien. Entonces pon en una canasta los que hay y Dios mandará los demás. Voy en el acto á distribuirlos yo mismo.

El pequeño Dalmazzo, que ni una sílaba había perdido de semejante diálogo, paró la atención particularmente en las últimas palabras de Don Bosco; y cuando lo vió levantarse lo siguió con curiosidad tanto más viva cuanto que en esos dias se había hablado mucho en el Oratorio de ciertos hechos maravillosos allí ocurridos y en los cuales no dejaba de tener parte Don Bosco. Colocóse detrás y contó con sumo cuidado los panes contenidos en el cesto. Eran quince y los muchachos trescientos.

¡Quince para trescientos! ¡trescientos para quince! decía entre sí el niño... y ninguna luz alumbraba su entendimiento.

Comienza el desfile; cada niño á medida que pasa recibe un pan. Dalmazzo se hacia ojos y estupefacto veía á Don Bosco pue sonriente á ninguno dejaba con las manos vacias.

Cuando hubo desfilado el último niño, Dalmazzo contó los panes restantes

¡quince panes!

Sas nociones de aritmética quedaban completamente trastornadas: ¡una división convertida en multiplicación!

Después de esto se va á su madre y le dice: Yo no me muevo del Oratorio.

Aquel pequeñuelo es ahora el sacerdote Don Dalmazzo, Superior de la Casa de San Juan Evangelista en Turín.

Cuántos preciosos hechos podrian referirse si se quisieran mencionar las mil y mil circunstancias en que recibió Don Bosco de un modo inesperado y admirable las sumas precisas de que en un día y momento dado necesitaba.

Me concretaré á referir los siguientes:

La casa de Turín debía treinta mil francos á un empresario. Este estaba ya impaciente por la demora en el pago. Un día llega muy de mal humor al Oratorio. Habla con el Prefecto y le dice que de allí no se mueve hasta haber recibido la suma que se le debe.

El Prefecto declara que no tiene ni un cuarto en caja

—Esto es intolerable; yo quiero ver á Don Bosco, dice el empresario.

Conducido á la antesala donde aguardaban otras personas, se sienta bruscamente y murmurando.

Casi al mismo tiempo llega un caballero de imperiosos molales, de pocas palabras y que parece impaciente.

—Necesito hablar inmediatamente con Don Bosco, dice.

—Tened la bondad de tomar asiento y esperar algunos instantes. Podreis hablarle apenas llegue vuestro turno.

—Yo no tengo tiempo; no puedo esperar.

Y sin más ni más va á golpear la puerta de la pieza en que Don Bosco hablaba con otra visita.

Don Bosco abre.

—¿Qué deseais, amigo mio?

—Hablar con vos, señor.

—Bien, á vuestro turno, si gustais; no sería posible recibirlos antes de todas estas personas que hace rato esperan.

—Estoy muy de prisa y solo tengo breves palabras que deciros.

En vista de tal instancia Don Bosco pregunta á los circunstantes si tienen á bien permitir que entre este caballero el cual sin esperar respuesta pasa adelante.

Semejantes maneras podian inspirar algun recelo á Don Bosco.

—Tened la bondad de sentaros.

—No es necesario.

—¿Qué es lo que os trae?

—No es gran cosa.... Me basta un minuto....

Servios aceptar esto. Y pone un paquete sobre la mesa.

Vamos; adios, mi Padre, rogad por mí! Y salió.

Don seguida entra la condesa V***

—Padre ¿no os ha secedido nada? Ese hombre me ha inspirado miedo; tiene una extraña fisonomía y temía que viniera á molestaros.

—La molestia no ha sino grande, le contesta sonriendo Don Bosco. Hé aquí lo que acaba de traerme; y abriendo el paquete cuenta treinta billetes de mil francos.

Llegado el turno al empresario, Don Bosco le entregó los treinta mil francos que se le debian. Quedó aquel un tanto confundido por su anterior insistencia y se empeñó en dar las más expresivas excusas.

—Padre, me habian dicho que os era imposible pagar; pero veo que me han engañado.

En otra ocasion el Oratorio tenia que pagar trescientos veinticinco francos de impuesto. Llegó el fin del plazo; á medio día si no estaba entregada la cantidad debian proceder al embargo.

Don Rua va al cepillo de la portería á ver si se encuentra limosna. Nada; en toda la casa están sin blanca. Se dirige entonces á Don Bosco, le expone la dificultad y le pregunta si tiene algun dinero.

—No tengo absolutamente nada; rogemos á Maria auxiliadora. Y continua tranquilo su trabajo.

Instantes despues tocan á la puerta un caballero desea hablar á Don Bosco. Lo introducen, y luego que le saluda y cambia con él breves palabras le dice:

—Padre, yo no soy rico; pero os ruego acepteis una pequeña suma que he reunido para vestros niños.

—Con mucho gusto.

El caballero le entrega un paquete que justamente contenia trescientos veinticinco francos. Don Bosco sonriendo le dijo:

—Tened la bondad, al retiraros, de ponerlos en manos de Don Rua.

Don Rua, cuando los hubo recibido, exclamó:

—Nuestro Padre ha contado con toda exactitud; esto es lo que precisamente se debe. Sin pérdida de tiempo manda un mensajero al escritorio del

actuario.

Habian dado las doce y estaba hecha la notificacion; pero felizmente encontróse en el camino al portador de esta y sin más trámites todo se arregló.

El que sirvió como enviado de la Divina Providencia entró más tarde al Oratorio y actualmente es sacerdote salesiano.

C. D. Espiney.

EL CIELO

—«—

La razon, la historia y la revelacion nos enseñan que no es dado al hombre el gozar cumplida felicidad en este mundo. Todo lo de acá abajo, es pequeño y deleznable para llenar las aspiraciones inmensas del corazon. Necesariamente ha de existir un lugar donde estas aspiraciones sean cumplidamente satisfechas; y este lugar es el cielo.

Y ¿en qué consiste, se nos preguntará, la felicidad del cielo? No en otra cosa que en la Vision Beatífica de Dios; esto es, en la *vista, el amor y la posesion de Dios*. Consiste la vision de Dios en una intuicion perfecta y completa de su divina Esencia, la que forzosamente produce el amor mas inesplicable, y este un cabal gozo como efecto de la vision y del amor de Dios, en cuya posesion, las aspiraciones de la criatura á la felicidad quedan completamente satisfechas.

La Vision Beatífica significa por lo tanto; que Dios une el alma á sí mismo de un modo tan íntimo y maravilloso que, sin perder su naturaleza creada es, pudiéramos decir, trasformada en Dios segun la enérgica expresion de San Pedro, cuando asegura que somos «hechos partícipes de la naturaleza divina.»

San Pablo, arrebatado á aquella dichosa mansion, solo sabe decir, que no hay entendimiento humano capaz de comprender la felicidad que Dios tiene reservada á sus escogidos.

Recurramos á un ejemplo:

Un Rey de buen corazon, hallándose de caza en un bosque, encuentra á un huerfanito ciego, privado de todo lo que puede hacer la vida agradable. Movidó á compasion, se le lleva á su palacio, le adopta como suyo, y manda que se le cuide y eduque en todo lo que un ciego puede aprender. Es inútil decir, que el niño está indeciblemente agradecido, y hace cuanto puede por agradar al Rey. Cuando llega á los veinte años, un hábil cirujano le hace una operacion en los ojos, por la cual recobra la vista. En-

tonces el Rey, rodeado de sus nobles, y en medio de toda la pompa y magnificencia de su corte, le proclama como uno de sus hijos, y manda que todos le honren y amen como tal.

La aplicacion de la parábola, es muy óbvia para que nos detengamos en aplicarla á nuestro caso.

La felicidad de los bienaventurados en el cielo aumentará al unirse sus almas á sus cuerpos glorificados. Además de la Vision Beatífica, que es el principal goce, tendremos allí trato social con los Santos, con nuestros parientes y amigos. El pensamiento, la memoria, el corazon, los ojos, el oido y demás sentidos, todas las facultades del cuerpo humano, en fin, tendrán su goce especial, escepto los materiales ó carnales, porque la Gloria no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona.

Después de la resurreccion, los bienaventurados poseerán las dotes de *hermosura, esplendor* ó brillante resplandor, y *juventud* como la de Jesús: pero su belleza será en grado diferente unos de otros segun hayan sido en la tierra mas ó menos virtuosos y mortificados. Otros atributos del cuerpo glorificado, serán: su *espiritualidad*, con lo que no necesitará comer, beber ni dormir para vivir en continua actividad, ni estará sujeto á las exigencias de la carne; *agilidad y sutileza*, pues perderá el cuerpo su densidad, dureza y peso, pudiendo á su voluntad trasladarse á inmensas distancias con la rapidez del pensamiento, y penetrar espesos muros y las sustancias más duras, como la luz para á través del cristal. También estarás relevados de toda miseria ó condicion anexa al cuerpo humano, y serán por consiguiente *impasibles, incorruptibles é inmortales*.

Por la gracia de Dios y tu propia cooperacion, tu alma se ha ido desarrollando gradualmente, hasta llegar á adquirir una semejanza más perfecta con Jesucristo. Pero todavía estás ciego, y permanecerás así hasta que tu Padre celestial te llame á su casa. Cuando amanezca el dia feliz, dejarás este mundo; tus ojos se abrirán á la luz de la gloria, y verás á Dios como Él es, en todo su esplendor y magnificencia. Además te verás á tí mismo tal cual eres, adornado con las joyas de las muchas gracias que Él ha derramado sobre tí. Verás á los hermosos Ángeles y á los Santos, revestidos de la belleza del mismo Dios, rodeando su trono para escuchar la sentencia que te vá á dar

entraña en su sociedad. Esta vista del Dios vivo, y de toda la magnificencia que le rodea, infundirá en tu alma una perfecta intuicion de Él, y ésta producirá un amor muy ardiente y puro; y cuando te estreche en su seno, te proclame uno de sus hijos, y mande á todos que te honren y amen, como tal, tu gozo será completo.

(Hojas doctrinales)

MÁXIMA

Si quieres llegar al cielo, emprende el camino del sacrificio: es la única manera de poder llegar á él.

BIBLIOGRAFIA.

DON BOSCO.—Por C. D. Espiney, obra aprobada por la congregacion salesiana, traducida al español por D. Camilo Ortúzar presbítero de la misma congregacion.—Hállase de venta en todas las casas salesianas.

NORMA DEL CATÓLICO EN LA SOCIEDAD ACTUAL. Diálogo catequístico para los católicos del siglo XIX sobre lo que ha de creer y obrar el cristiano, por el P. Angel Maria de Arcos de la compañía de Jesús. Tercera edición, con las licencias eclesiásticas, 1889.—Burgos imprenta católica, Huerto del Rey 12.—Leni Calvo 16.

LECTURAS POPULARES

—(0)—

CUENTOS ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR

de A. C. y G. director de

LA LECTURA POPULAR

TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administracion de "La Semana Católica," Bolsa 10 principal.—Madrid:

NOTA.—De la coleccion segunda quedan ejemplares; la primera está agotada.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, obreros, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR